

Ptas. 1,50



D'ANNUNZIO

LAS MEJORES POESÍAS
(LÍRICAS)
DE LOS MEJORES POETAS

conversos!

Antonio Ballester

74604

LAS MEJORES POESÍAS
(LÍRICAS)
DE LOS MEJORES POETAS

P. 11.468

XXV

D'ANNUNZIO

7.000

EDITORIAL CERVANTES
RAMBLA DE CATALUÑA, 72
BARCELONA



APODERADO GENERAL EN SUD-AMÉRICA
JOSE BLAYA
FORMOSA, 463 : BUENOS AIRES

TRADUCTORES

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

JUAN LUIS ESTELRICH

CARMELA EULATE SANJURJO

BENJAMÍN FERNÁNDEZ MEDINA

FERNANDO MARISTANY

GUILLERMO VALENCIA

COPYRIGHT BY
EDITORIAL CERVANTES

GABRIEL D'ANNUNZIO

NACIÓ este gran poeta en Francavilla-sul-mare, cerca de Chieti, en los Abruzos, el día 12 de marzo de 1863. Hizo sus estudios clásicos en el Colegio Cicognini de Prato, en el que dió pruebas de ser un verdadero niño prodigio. A los quince años escribió su primer libro: una colección de poesías titulada *Primo vere*, que apareció en Chieti y de la cual, dos años después, publicó en Lanciano una segunda edición aumentada. Pasaron casi inadvertidos su oda *Del natalicio del rey Umberto* y el libro de versos *In memoriam*, aparecidos, respectivamente, en 1880 y 1882; pero, en cambio, *El canto nuevo*, poesías (1882); *Tierra virgen*, poesías (1883); *Intermezzo de rimas*, poesías (1884), y *El libro de las vírgenes*, narraciones (1884)— todos

ellos editados en Roma —, llamaron poderosamente la atención por su originalidad y levantaron clamores por sus audacias sensuales, que valieron a D'Annunzio el título de nuevo *caballero marino*. En 1886 apareció en Florencia otro libro de narraciones, titulado *San Pantaleón*, que apenas fué comentado, y en el mismo año publicaba *Isotta Guttadauro*, poesías, que fué acogido con excelente éxito y acabó de consolidar la fama del poeta. Siguiéron a esta obra las poesías para la boda de la hermana Elvira: *L'isottèo - La chimera* (1890), las *Elegías romanas* (1892), y sus patrióticas *Odas navales* (1893-99), libros bien conocidos, en que se encuentran muchas de las mejores poesías de D'Annunzio.

Entonces el gran poeta llevó todo su entusiasmo a un nuevo género literario: la novela. Ya en 1892 había publicado una leyenda bajo el título de *La capilla del lobo*, pero en las novelas *El placer*, *El inocente*, *Juan Episcopo*, *El triunfo de la muerte*, *Las vírgenes de las rocas*, *Tal vez sí, tal vez no* y *Narraciones de*

Pescara, introdujo modalidades no intentadas jamás en Italia.

Todavía sobresalió D'Annunzio en un nuevo género: el teatro, en el que logró también dar nuevas normas a la tragedia, para lo cual tuvo la gran fortuna de contar con una intérprete única: Eleonora Duse. Durante el año 1898 estrenó *La ciudad muerta*, *La Gioconda* y *La gloria*. Pero tuvieron mayor éxito aún las nuevas tragedias *Francesca da Rimini* y *La hija de Yorio*. Sus dos poemas *Sueño de un ocaso de Otoño*, de carácter trágico, y *Poema paradisiaco*, levantaron grandes admiraciones y discusiones. *La canción de Garibaldi*, si bien fué censurada por algunas ideas antimonárquicas, poco justas y oportunas, hizo palpar muchos corazones de patriotismo. Es preciso tener en cuenta que D'Annunzio, que había sido llevado al Parlamento por sus conciudadanos, pasó instantáneamente desde el grupo de los más moderados de la derecha al de los más avanzados de la izquierda, al grito de: «¡Vengo a la vida!» Pero

desde entonces no fué reelegido diputado y abandonó la política. Publicó luego la despiadada novela *El fuego*, a la que siguieron las bellísimas poesías *Elogio del Cielo, del Mar, de la Tierra y de los Héroes*, dos volúmenes (1903-1904), en que su autor se muestra poeta subjetivo y objetivo al propio tiempo. Vinieron después las tragedias *La fiaccola sotto il moggio, La nave, Fedra y El misterio de San Sebastián*, que escribió D'Annunzio en versos franceses de corte antiguo, y que fué estrenada en París—donde el poeta era ya popularísimo—, mostrando una vez más al mundo la fecundidad extraordinaria del vate italiano.

Vinieron días de dificultades económicas y entonces D'Annunzio trasladóse a Arcachon, donde siguió produciendo. La guerra de Libia le inspiró las *Canciones de la gesta de ultramar*, editadas por la casa Treves, editora de las obras de D'Annunzio. Allí escribió también un librito para una ópera de Mascagni, lloró la muerte de Juan Páscoli en la *Contem-*

plación de la Muerte y comenzó a narrar sus memorias en *Las chispas del yunque*.

Sobrevino luego la guerra europea. La actitud que tomara D'Annunzio en ella es tan reciente y tan conocida que creemos ocioso comentarla; la historia la juzgará más tarde con serenidad. En todo caso nadie podrá negar que el genial poeta ha dado pruebas de un profundo amor a su patria y un profundo desprecio a su vida.

Refiriéndose a la obra de D'Annunzio, dice el ilustre hispanófilo italiano Carlos Boselli: «D'Annunzio es un genio superior y aristocrático, artista complejo y maravilloso, de extraordinaria cultura, poeta sediento de cosas extrañas y cosas bonitas, cantor de la belleza, de la pasión, de las sensaciones raras; sensual, místico, arcaico; enamorado de Carducci; realista con Zola; psicólogo con Bourget; evangélico a lo Tolstoy; simbolista a lo Ibsen; egoísta con Nietzsche; novelista magnífico, gran autor dramático y poeta enorme, de estilo brillante, esmaltado y puro.»

La obra de D'Annunzio es casi del dominio universal. Como poeta lírico es uno de los más grandes poetas europeos de nuestros días, distinguiéndose, sobre todo, por la maestría de la forma.

EDITORIAL CERVANTES

Nos complacemos en hacer público nuestro agradecimiento a los autores o representantes de *Imágenes* y *Del cercado ajeno*, por Enrique Díez-Canedo; *Antología de poetas líricos italianos*, por Juan Luis Eslerich; *Las cien mejores poetas (líricas) de la lengua italiana*, por Fernando Maristany, y *Sus mejores poemas*, por Guillermo Valencia, así como a doña Carmela Eulate Sanjurjo y a don Benjamín Fernández Medina, algunas de cuyas traducciones nos han servido para la presente antología.

UN SUEÑO

Estaba muerta, sin calor. La herida
Era visible apenas en el flanco:
¡Estrecha fuga para tanta vida!

El lienzo funeral no era más blanco
Que el cadáver. Jamás humana cosa
Verá el ojo más blanca que aquel blanco.

Ardía Primavera, impetuosa,
Los cristales, do cínifes inermes
Golpeaban, con ala rumorosa...

Huyó de ella el calor. Yo dije: ¿Duermes?
Con un salvaje sonreír violento
Más cerca repetíle: ¿Duermes? ¿Duermes?

¿Duermes? Y al recordar que aquel acento
No era el mío, me crispo de pavora.
Escuché. Ni un murmullo, ni un acento.

Cautivo de la roja arquitectura
Se dilataba en el bochorno un fuerte
Olor a destapada sepultura.

El bálito invisible de la muerte
Me estaba sofocando en la encerrada
Habitación. A la mujer inerte,

¿Duermes?, la dije. ¿Duermes? Nada, nada...
 El lienzo funeral no era más blanco.
 Sobre la tierra de los hombres, ¡nada
 Verá el ojo más blanco que aquel blanco!...

VALENCIA

QUOUSQUE LADEM?

¡Oh, cesad, que la música me hastía,
 Que me disgusta el sueño como una
 Bebida falta de vigor! Ninguna
 Magia lo que no tengo me daría.

¡Con cuánto alán el jovenzuelo un día
 Corre tras el amor, tras la fortuna!
 Blanca o morena, si es como la luna
 Mudable la mujer, nunca varía.

Otoño, invierno, primavera, estío,
 Lentas horas eternas, ¡oh, qué horrible,
 Qué atroz cansancio al recordaros pruebo!

¡Ver siempre encima el mismo cielo, impío
 O piadoso; cansancio indefinible!
 ¡Oh, quien me diera algún sentido nuevo!

DÍEZ-CANEDO

LAS FORESTAS

Forestas blondas—cual mujeres blondas—
 Y taciturnas; vuestros puros sueños
 Allí donde las nubes se difuman
 Alzáis al cielo:

Blondas, con esa amarillez rojiza
 Que copiaron Acrisio y el Correggio,
 Dánaís vencidas por la nube áurea
 De un Mito eterno.

Sois taciturnas, mas vuestra tristeza
 Es voluptuosa como el suave aliento
 De aquel que duerme su primera hora.
 Suspiro tiépido

En el aire palpita que está en calma;
 Ni una hoja se ve caer al suelo,
 Aunque llevan al Ada, que está próxima,
 Varios senderos.

Grave silencio, olvido profundísimo
 Envuelve al Ada allí do vino Orfeo,
 Y las forestas, errabundo, abraza
 Río quimérico.

Olvidadas están y solas: duermen
 En montes y llanuras, más espléndido
 El crepúsculo, al aire da sus tintas
 De oro y de fuego.

Resplandece cual nunca, por prestigios
 Siderales; diríase un incendio
 Que se propaga, y miran los poetas
 Su esplendor regio.

Miran flamear en la postrera hora
 Montes y llanos, que al divino gesto
 Enmudecieron, mientras mueve el aire
 Sacros cabellos;

Un amor celestial el alma busca,
 —¿De qué bucles extraños son reflejos?—
 Oh, tú, foresta blonda, amante inmensa
 Sin nombre apologéfico.

Tú, a quien río invisible te circunda
 De olvido, que a la esfera das tus sueños,
 A quien blonda cual tú presta la nube
 Sus áureos velos:

¡Foresta!, acoge nuestro amor que ignoras;
 La vida nos oprime con exceso;
 Hoy te pedimos que nos des la Muerte,
 El sueño eterno.

Mas no la muerte opaca, en los sepulcros
 Estéres; tu paz es lo que anhelo;
 Dormir en tu regazo; allí, contigo,
 Soñar tus sueños.

Forestas blondas, cual mujeres blondas,
 No excita a los durmientes el deseo,
 Porque, invisible, el río del olvido
 En el secreto

Las circunda, y tan sólo los poetas
 Sobre el cielo esplender ven sus cabellos,
 Armoniosos cual cuerdas de una lira
 Desposada del Viento;

Cae la sombra sobre todo. (Escucha...)
 De la húmeda noche en el silencio,
 Lloran como una amante abandonada,
 De la luna al destello.

ÉULATE SANJURJO

SONETO

Cuando por la escalera amplia de argento
 La Reina dirigíase al altar,
 Sus ojos levantaba al Sacramento
 Pálida y fría, y al querer rogar,

Dando al blanco metal un vibramiento
 Sonoro, en ritmo al roce de su andar,
 Toda la escala, como un instrumento,
 Se ponía de gloria a resonar.

Así también vuestra belleza blonda,
 Por el deseo reclamada, asciende
 De mis versos al místico edificio.

Tiemblan a vuestros pies como una onda
 De sonidos mis versos, y desciende
 Tras la aroma del urna el sacrificio.

MARISTANY

A LAS MUJERES

Ha habido mujeres serenas
 Con ojos claros, infinitas
 En su mudez, cual la llanura
 Que atraviesa un río de agua pura.

Ha habido mujeres con visos
 De oro;

Del estío y del fuego rivales,
 Semejantes

A aquellos trigales

Luxuriantes,

Que no ha herido la hoz con su diente,
 Pero que arden por dentro con fuego
 Sideral, bajo un cielo inclemente.

Y mujeres ha habido tan leves
 Que una sola palabra, una sola,
 Tornólas esclavas,

Como suele la diáfana reja
 De una copa invertida a la abeja.

Y las hubo de cárdenas manos,
 Que, al tocar una pálida frente,
 Disiparon las duras ideas

Suavemente.

Y otras cuyas manos exangües
 Y elásticas, con giros lentos
 Aparentaban insinuarse,
 Cual una urdimbre rara y fina
 En que las venas fuesen hilos
 De vibración ultramarina.

Y otras pálidas y marchitas
 Y devastadas por los besos,
 Urdidos en fuego amoroso
 Hasta la médula de los huesos;
 Consumida la faz ardiente
 En las enormes cabelleras;
 Con la nariz movable, como
 A impulso de inquietas aletas;
 Con los labios abiertos, como
 Tras palabras que se dijeron;
 Con los párpados lívidos, como
 Las corolas de las violetas.

Y todavía otras ha habido,
 Y, maravillosamente,
 Yo también las he conocido...

VALENCIA

DUERME....

Duerme con la cabeza en el frontal
 Del balcón florentino,
 La Titania de Shakespeare, y un divino
 Sueño surge de su alma angelical.

Preciosa red de planta sideral
 Sus cabellos acoge,
 Y luminosos hacen se despoje
 De culebras la ráfaga ideal.

Las arañas, que tejen en lo opal
 Del aire tenues blondas,
 Operan en la estípite, y las ondas
 De oro tiemblan a su hálito inmortal.

Así, pues, ¡oh, Francisca!, en la natal
 Aurora de Selena
 Ahora dormís, y en torno a la serena
 Belleza voy tejiendo el madrigal,

Mientras la rosa aspira del rosal
 El alma dulce y quieta,
 Y el ruiseñor, el humo y el poeta
 Cantan la noche de esplendor nupcial.

MARISTANY

UN RECUERDO

Apagarse verá los ojos claros
Tal vez en lento olvido; a mi extraviada
Alma sirvieron de brillantes faros.

De ti me olvidaré tal vez, caída
Del Tiempo en el abismo, aquella hora
Que me brindó embriaguez desconocida.

Olvidaré, tal vez, los grandes males
Que me hicieron los hombres, y los bienes;
Olvidaré las cosas que mortales

Fueron; mas he de recordar la arena
Lúgubre, bajo un cielo femenino
Que gemía con hábito de hiena.

Al peso de la ola tempestuosa
Resonaba en la noche su incesante
Rugir, de hirviente mar que no reposa.

Y en medio del estrépito que abruma,
Se oían de los pájaros los gritos,
Que, en su vuelo, rozaban con la espuma.

El clamor a la playa horrorizaba;
¿De un naufragio era anuncio? Yo, en la noche,
Sin ver las aves, gritos escuchaba.

Cafan de las nubes gruesas gotas,
Tibias como la sangre o como el llanto,
Y de las aves en las tristes notas

Creí escuchar un nombre, ¡un nombre!, en tanto...

EULATE SANJURJO

ANIMAL TRISTE

¡Cesad!, ya que mi música mi espíritu fatiga,
Y el ideal me cansa, como nos cansa una
Bebida cuya fuerza se disipó; ninguna
Ficción, ninguna magia mi laxitud mitiga.

¡Con cuanto afán, al carro, la Juventud se liga,
Que llevan los Amores y rige la Fortuna;
No importa que sea móvil la hembra cual la luna:
Será la misma siempre, ya ébano o espiga!

Otoños y veranos, inviernos, primaveras,
Interminables horas sombrías, lastimeras,
A vuestra gris imagen mis tedios van unidos,

El indecible tedio de ver sobre la frente
 Un cielo, siempre el mismo, clemente o inclemente:
 ¡Ah, quien pudiera darme otros nuevos sentidos!

VALENCIA

SONETO

Entona el mar una canción de amores,
 Durante el plenilunio, a la quieta
 Selva; desde el cenit bajan fulgores
 Animando la umbría más secreta.

Trae el viento gregal frescos olores
 De las algas marinas de Impruneta,
 Y gozo la nostalgia y los ardores
 De los locos deseos del poeta.

Y más amante y generoso acento
 Alza el argénteo mar; y entre los pinos
 Más dulce nombre me repite el viento;

Y se pierde en los cielos diamantinos
 Un fantasma de vuelo manso y lento,
 Con ojos grandes, tiernos y divinos.

J. L. ESTELRICH

CANTO DEL SOL

Mira la mar, que glauca se despierta
 Y con el fresco céfiro palpita:
 Siente en su verde seno los amores
 De las algas marinas.

En bandadas, volando, las gaviotas
 La desfloran; y fulvias, amarillas,
 Bajo el rayo del Sol, las nubes mécese
 En la luz matutina.

Cual pavos reales cópianse frondosas
 En la curva ensenada las colinas,
 Y parecen pirámides de yedra
 En el agua invertidas.

¡Thalata!, el pez, sobre el marino seno
 Juguetea, retoza, alegre brinca,
 ¡Oh, divino Asclopiades!, en las ondas,
 ¡Cuán alegre es tu risa!

¡Oh, Mar ilustre, fuerza de la Italia!
 Al aire, tu onda, libre siempre, brinda
 Tu juventud; templada, cual acero,
 ¡Resplandece magnífica!

EULARE SANJURJO

HORTUS CONCLUSUS

¡Jardín cerrado, apenas entrevisto
 O contemplado de la verja al paso,
 Que nunca mano alguna al viandante
 Perdido abrió como en un sueño! ¡Mudos
 Jardines, cementerios sin sepulcros,
 En donde vaga acaso un alma amante
 Tras de la sombra de perdidos bienes!
 Brillan en la memoria paraísos
 Inaccesibles, a que el alma inquieta
 Aspiró con un ansia que fué viva
 Más allá, más allá de fugaz hora,
 Más allá de la luz de estival noche,
 En que las flores efundían secreta
 Virtud de sus sonrisas femeninas.

Y las bellas manzanas, que pendían
 Entre la fronda, puras como carne
 Virginal, parecía que guardaban
 En la pulpa sabores no terrenos
 Ni destinados a mortales bocas;
 Y más blancas que nunca, en el silencio
 Las estatuas miraban la profunda
 Paz y soñaban indeciblemente.

¡Qué misterio del gesto de una grande
 Estatua solitaria en un jardín
 Silente, en el crepúsculo se expande!

Sobre las copas de cipreses rígidos
 A que ciñen guirnaldas bellas rosas,
 El cielo vespertino se platea,
 Y las fuentes ocultas hablan bajo;
 Blanquean en la sombra curvos coros
 De mármol, hoy desiertos, donde júnctanse
 En concilio los últimos poetas;
 Tenue sobre las ramas florecidas
 Pasa la luna nueva su guadaña;
 En la sombra las fuentes secretéanse;
 Las estrellas de a una surgen raras;

Un cisne en movimiento lento hiende
 El lago, que es del cielo pura imagen,
 (¿El deseo lo enciende todavía
 De amor humano? ¿Queda en él memoria
 De su lecho nupcial?) En el ligero
 Surco fluctúa el velo de la antigua
 Tindaris y en las aguas resplandece
 La luz extraña del antiguo mito.

Y visiones de amores sobrehumanos
 Surgen de vastas y cerradas huertas

Que una divinidad al extranjero
 No abrirá coronada de jacintos,
 Y jamás llevará por laberintos
 Altos de flores, al misterio triple,
 Cantando sus canciones nunca oídas.

Pero aquél, embriagado por perfume
 Del corazón de rosas invisibles,
 Inclinado en el atrio, reverente,
 Lleno de un sueño no soñado nunca
 En los ojos mortales; por las sombras
 Explora en el crepúsculo profundo
 Y confuso el dominio silencioso
 Cuyo misterio ignora todavía.

Así os miré yo la vez primera,
 Con mis mortales ojos. Vos, Señora,
 Sois para mí como un jardín cerrado.

FERNÁNDEZ Y MEDINA

AL IDEAL

Tú eres la luz blanquísima y tranquila,
 Do el mal del alma fugitiva, lento,
 Se va perdiendo, como al blando viento
 Perdióse la sentencia de Sibila.

La fontana que canta y que rutila
 Al alba, panacea del sediento,
 Que corre como enjambre turbulento
 Al lirio que la pura miel destila.

Mas no puedo mirar tu encantadora
 Luz, puesto que un beso, todavía
 Mis ya agravados párpados agrava.

Beber no puedo en tu fontana pía,
 Pues todavía un beso me adolora
 Esa boca que tanto te anhelaba.

MARISTANY

EN VANO

¡Arte cruel, te ocultas
Aún bajo tus velos.
Te adoramos en vano.

Gloria fugaz: en otras
Frentes tu beso dejas.
Te seguimos en vano.

Amada ignota: coge
Tu vida en flor la Muerte.
Te esperamos en vano.

¿En dónde estáis, oh, flores
Raras, perfumes nuevos?
Os buscamos en vano.

Ni un dolor conseguimos
Mitigar en la tierra.
Fué nuestro llanto vano.

A ningún oprimido
Vengamos en la tierra.
Nos alzamos en vano.

Queda en pos de nosotros
Oblicuo surco estéril.
Hemos vivido en vano.

Sin luz, en las tinieblas
La Muerte aguarda.—¡Oh, Gloria!—
Moriremos en vano.

DÍEZ-CANEDO

OTOÑO

Otoño, que en sus ojos reflejastes
Y en el mar, tu áurea tinta amarillenta,
—Semejaban las aguas un tesoro,
Y vastos como el mar sus ojos eran—,

Otoño, no sentí jamás, tan grande
La que tú infundes mórbida tristeza,
—Cuánta muerta ilusión dejé en tus bosques
Profundos, muerta, cual las hojas muertas—

Como ayer. Ayer fué el amor supremo
Y también del dolor la hora suprema;
Y nunca como ayer sentí que amaba.
Mi corazón, aun al recuerdo, tiembla.

Ella callaba. Flores esparcidas
 En su túnica ví, cerrada y negra,
 Pálidas, cual aquellas que tú adoras,
 Sobre sus tallos. Muda, en la ribera

Miraba el golfo solitario, inmóvil,
 Como al que un peso enorme le soterra.
 ¡Cuán pálidas sus sienes! ¿O miraba
 Tal vez dentro de sí su ruina interna?

Quizás. No pregunté. Tan plenamente
 Se acordaban las cosas con aquella
 Mujer, que parecían gemebundas
 Almas envueltas en la misma pena.

Y su dolor creí mirar entonces
 Del mundo, reflejado, en la apariencia,
 Cual si aquel mundo que miraba, triste,
 De su hondo y triste corazón naciera.

Y fué una clave cada forma; mudo
 Verbo eternal que la materia alienta,
 Todo misterio ante mi vista aclara...
 Y ya de «todo» adiviné la esencia.

EULATE SANJURJO

LOS SEMBRADORES

Guiando la bueyada, mansa, austera,
 Los muchachos conducen el arado;
 Y el surco, que tras ellos ha dejado
 El hierro, formará la sementera.

Con amplio gesto y mano placentera
 Vierten los mozos granos, con cuidado,
 Y los viejos, de Dios han implorado
 Buena cosecha, en oración sincera.

Así la pía gratitud humana
 Honra la Tierra; el Sol va hacia Occidente,
 Y, de sus puros rayos al contacto,

Ilumínase el monte; y cotidiana
 Se eleva una canción que, humildemente,
 Da majestad sacerdotal al acto.

EULATE SANJURJO

LOS POETAS

El sueño de un pasado lejano, de una ignota
 Estirpe, de remota
 Leyenda, los poetas reviven. Es obscuro
 Parà ellos el futuro.
 Cual en el aire agítase un divino cabello,
 Cual divino destello,
 Tal en la vida esplende
 El Alma, así se extiende,
 Y todo de ella pende.

Vivimos antes (tú que me amas, ¿las escenas
 Recuerdas?; de tus venas
 La sangre tuvo Rímo); habitamos la Gloria.
 Innata es la memoria
 En nosotros; guardamos en vasos de alabastros
 Flores, tangibles astros,
 Misterios contemplados,
 Amores ya gozados,
 Amores aspirados.

¿En qué noche cerramos nuestros ojos, y cuáles,
 En las horas mortales,
 Nuestros dioses han sido? ¿Por qué herida
 Exhalamos la vida?

¿Tal vez en lucha heroica? ¿Bajo el dosel profundo
 De algún lecho infecundo?
 ¿Nuestros despojos, fiera,
 Custodia la quimera,
 En la noche altaera?

Despertamos de súbito del aquel secular sueño,
 Y vemos un risueño,
 Nuevo cielo alborear; oímos cantos,
 Dulces voces, y llantos
 Humanos, todo el llanto que la Tierra
 En su círculo encierra;
 Oímos quejas vanas,
 Y palabras insanas,
 Y blasfemias humanas.

Oímos taciturnos la querella. En el alma
 Despierta, con la calma,
 El sueño antiguo cual vital renuevo,
 Y es la Aurora de nuevo.
 Vivimos y engañamos la vida, recordando
 Esa muerte, y cantando
 Misterios contemplados,
 Amores ya gozados,
 Amores aspirados.

Nos conviene el silencio: grave silencio. Oscuro
 Aparece el futuro.

Nueva muerte aquí aguarda. ¿Pero, cuándo, oh, Destino,
 El renacer divino
 Será, y los poetas este himno, que inspira,
 Cantarán en su lira:
 ¡Oh, vosotros!, a quienes tanto y tanto tortura
 La sangre, ¡ya en la altura,
 Esplende el Alba pura!?

EULATE SANJURJO

PANFILA

Ya que el amor que brinda nuestra esfera
 No consigue aplacar en el artista
 Ese orgullo viril, que no tolera
 Ni el rastro de una sombra pasajera
 Que pueda obscurecerle su conquista;

Ya que la hembra, para siempre impura,
 Su vergonzosa herida siempre abierta
 Llevará, en el orbe sin ventura,
 Nunca hallaré la femenil criatura,
 Jamás por los humanos descubierta;

Hoy el poder oculto de mi sueño
 Por atediarne sin piedad evoca,
 Como un refugio, con tenaz empeño,

A la amada de todos, al risueño
 Numen que a todo amor tendió su boca,

Ya en los mórbidos lechos perfumados,
 O en las encrucijadas del camino,
 Donde, por la pasión arrebatados,
 Acudieron marinos y soldados
 Inmundos, tambaleándose de vino;

La que en el amplio lecho de caoba
 Fué de duques y príncipes un día
 Y entre el tibio silencio de la alcoba
 Su veneno letal, pérfida loba,
 En las más ricas sangres infundía.

Ella que del afeite con los brillos
 Restauró su mejilla fatigada,
 Y consteló su pecho de cintil'os
 De eterna claridad, y con anillos
 Hizo su mano exangüe más pesada.

Por todas partes de caricias llena
 Y gozada de todos, del mendigo
 Y el amo que a sus gracias se encadena,
 Para mí su beldad, venga conmigo
 La última flor de tu jardín, ¡oh, Helena!

Todo el encanto de la edad pasada,
 Con sus dulces misterios soberanos,

La circuyen de luz, como a la amada
Que ante los muros de Ilión sagrada
Vieron resplandeciente los troyanos.

A esa amaré; sobre su carne impura
Recogeré todo el deseo terreno,
Todo el amor conoceré del mundo,
Por sus ojos veré la nada oscura,
Y entre la gruta estéril de su seno
Oíré latir su corazón profundo.

Y besaré sus manos, esa mano
Experta que en la faz de los pilotos
Acarició con mimo soberano
La barba de que un día ya lejano
Se cubrieron en piélagos ignotos;

O lentas erizaron con blandura
Los cabellos de algún meditabundo,
Si rendido de sueño por la altura
De los grandes silencios, sombra pura
Divagaba su espíritu errabundo.

Sus manos besaré, do inmatrimales
Palideces fijaron los unguentos,
Y besaré sus dedos musicales,
Que vertieron tal vez las inmortales
Cadencias de una lira por los vientos

De Helenia, o en tus playas rumorosas,
¡Oh, Lesbos!, donde en vívida maceta
Embalsamaban las desnudas rosas
A las tiernas amigas voluptuosas
De Safo, los cabellos de violeta.

Las venas más azules de sus brazos
Las besaré con ávida locura
Y, en silencio, mis férvidos abrazos
A aquella boca de divinos trazos
Arrancaránle la palabra impura,

Más lasciva que el beso; del oído
Rescataré los nombres delirantes
Con que arrulló mil veces el oído,
Entre un grito de gozo y un gemido,
En horas de pasión, a sus amantes.

Y entre sus labios de encendida grana
Beberé lentamente, gota a gota,
El jugo de la blonda cortesana,
Do gustaré la esencia más remota
Que perfume la selva más lejana.

Y la amaré; sobre su carne impura
Recogeré todo el deseo terreno,
Todo el amor conoceré del mundo,

Por sus ojos verá la nada obscura,
Y entre la gruta estéril de su seno
Oiré latir su corazón profundo.

VALENCIA

SONETO

Hacen la siega en la campiña amiga
Diez mil brazos humanos, y cual ara
Que a pagana deidad se dedicara,
En el trigal elevase la espiga.

Soporta el hombre, alegre, la fatiga
Del trabajo, que el campo le prepara,
Viendo el augurio del candel que amara
En la gravilla que su grano abriga.

El rústico trabajo, allá en la altura,
Contempla el Sol; a su calor fermenta
La semilla en el surco, y de este idilio

Agrícola y feliz, en la paz pura,
Ante mis ojos, viva se presenta
Tu clásica geórgica, ¡oh, Virgilio!

EULATE SANJURJO

SED NON SATIATUS

En mi pupila gris, mustia y cansada,
No hay un claro reflejo: está ya inerte;
Mi hermosa juventud, bárbara y fuerte,
De la Mujer en brazos se anonada.

Mis amigos quisieran mi alocada
Carrera detener: que me liberte
El combate. Mas yo sigo mi suerte
En voluptuosidad loca pasada.

En mi sangre infiltrándose ha el veneno:
Una continua languidez me enerva;
Aun la virtud perdí para la lucha.

El viento del maestral sopla en mi seno;
Vibra mi lira la canción proterva
De la embriaguez; ¡oh, mar; oh, mar, escucha!

EULATE SANJURJO

SUSPIRIA DE PROFUNDIS

1

¿Quién a mi almohada nuevamente el sueño
 Podrá traer? ¿Quién me dará el reposo?
 Manos, queridas manos, que en la muerte
 Mis ojos cerraréis faltos de luz
 (¡Y no he de ver este ademán, oh, Dios!),
 ¿No calmaréis mis ansias de dormir?

¡Oh, la dulzura de poder dormir!
 ¡Oh, lecho tibio y hondo, dulce sueño!
 Cuando pequé, ¿cuál es mi culpa, oh, Dios?
 ¿Por qué me has de negar este reposo
 Que te pido? Renuncio a toda luz.
 Ciégame. Mírame pronto a la muerte.

Llégueme a mí y abrázame la muerte;
 Yo la llamo. Sus brazos a dormir
 Me acojan. ¡Nunca, nunca ver la luz,
 Y mis áridos ojos en el sueño
 Para siempre cerrar! ¿Por qué el reposo
 Me has de negar? ¿Cuál es mi culpa, oh, Dios?

—¡En vano! El tuyo, mísero, es un Dios
 Cruel. En vano invocas a la muerte.
 No morirás; no encontrarás reposo;
 Nunca podrás, nunca podrás dormir.
 ¡Ha muerto el sueño, blando amigo, el sueño!
 No has de dormir. Siempre verás la luz;

Hasta en tinieblas, tú verás luz;
 Siempre. Tu Dios, oh, mísero, es un Dios
 Cruel.—¡Triste de mí, que ya ni el sueño
 Me cerrará los ojos, ni la muerte!..
 No es verdad, no es verdad. Quiero dormir.
 ¡Dadme, queridas manos, el reposo!

¡Dadme, pálidas manos, el reposo!
 Mis ojos oprimid. Siento la luz
 Como un dardo. ¡Qué pueda yo dormir,
 Manos, pálidas manos! A mi Dios
 Alzaos juntas; impetrad mi muerte
 Si no merece mi pecado el sueño.

No pido el sueño. Pido el gran reposo
 De la muerte; no ver, no ver la luz,
 La horrible luz; por siempre, oh, Dios, dormir.

2

¿Oyes?... Ese rumor, ese rumor
 Siempre igual, siempre igual... ¡Escucha! ¡Escucha!



¿Duermes acaso, hermana?—Duerme en paz.
Duerme y sueña. No llega hasta el silencio
De su sangre un rumor. Su blando hálito
Es oleada lánguida, remota.

Vuelan sus sueños a región remota.
Noche inmensa. No vibra ni un rumor.
Surge del blanco pecho el suave hálito
Cual oleada, rítmico. Alma, escucha.
Durmiendo, es genitora del silencio;
Vierte su pecho mansa ola de paz.

¡Oh, memoria! Vertía el cielo paz;
Ardía el agua, próxima y remota;
Cerníase la luna en el silencio
Divino; de aguas y árboles, rumor
Salfía, alterno, de coloquio,—¡Escucha!—
Toda voz fué vencida por su hálito.

Ella, entonces, movía, con su hálito,
Círculos de astros en aquella paz.
Hoy duerme con ensueños. ¡Alma, escucha!
Es oleada lánguida, remota...
¡Ay! ¿No escuchas? De nuevo ese rumor
Siempre igual, siempre igual... ¿Dónde el silencio?

¡Oh, deseos ardientes; oh, silencio,
Que anhelo conseguir! ¿Es que del hálito

Se ha roto el sortilegio? ¿Ese rumor
Nunca me ha de dar tregua, tregua y paz?
¿Me ocultarás, profundidad remota
Del hondo mar o de un sepulcro?—Escucha,

Despierta, hermana, y amorosa escucha.
¿No me atiendes?—No llega hasta el silencio
De su sangre mi voz. Vuelve, remota,
Del sueño en alas. ¡Bebo con mi hálito
El aire, para ella todo paz!
¿Y es verdad, no hay remedio? ¿Ese rumor

Sólo a mí da tormentos? Alma, escucha.
¿Si fuera el de la muerte! ¡Qué silencio,
Luego, en la sombra gélida, remota!

3

El ardor de mis ojos la otra noche
Mirabas.. Tengo sed. Mata esta llama
Que me consume: quítame el dolor;
Líbrame, buena hermana, de este mal.
No puedes, no podré curarme nunca.
Por favor, abre: quiero ver el cielo.

¡Cómo al nacer el alba, brilla el cielo!
¡Cómo en su lento agonizar la noche
Palpita! ¡Oh, Dios, cómo palpita! Nunca
Ví a la Osa lucir con esa llama.

Se apiadan las estrellas de este mal.
Les da de un hombre lástima el dolor.

Gimo en este mi lecho de dolor,
Del alba anamorado ríe el cielo.
Alzo la frente que me abraza el mal.
Llega el alba: los velos de la noche
Se agitan entre mil arcos de llama.
¿Quién pudo cielo y noche alcanzar nunca?

¡Ay, no escuché vuestra respuesta nunca,
Cuando del alba llena de dolor
Subía la oración como una llama!
Mas descendía para mí del cielo
Una promesa; y en la inmensa noche
Pequeño aparecíase mi mal.

¡Hoy, hermana, muy otro es este mal!
No podré, no podré curarme nunca.
¡Si muriese! ¡Si al menos esta noche
La postrer noche fuera y el dolor
Último, contemplando el suave cielo;
Si ya no ardiera más en esta llama!

¡No sabes tú, no sabes tú qué llama!
¿Por qué me miras? ¿Miras como el mal
Me devora? Eres alta, sobre el cielo,
Como azucena. No te he visto nunca

Tan pálida; inclinada a mi dolor,
Pálida estás... Azucena en la noche...

¿Por qué me miras? ¿Ves como la llama
Los ojos me devora? ¿Ves mi mal
Trocarse en muerte?... ¡Oh, sonriente cielo!

DÍEZ-CANEDO

CLIMENA

En el jardín, que en tiempos del gran duque
Podaba un jardinero cuidadoso,
Hoy en las platabandas descuidadas
Vuelan, de día, zánganos en torno.

Secas están las fuentes, que palacios
Fueron de lindos pececillos rojos,
Y de noche, las ranas de entre el limo
Lanzan su grito rítmico y monótono.

Cierran el cuerno del Tritón los líquenes
De la fontana, musgo hay en el fondo,
Y un Neptuno, sin brazos, los caballos
Marinos guía en el tazón marmóreo.

Alternan con estatuas corroídas
 Vacuas urnas, que adornan el contorno
 De la amplia balaustrada, en que rosales
 Florecieron en tiempos muy remotos.

Luce en la obscuridad de los senderos
 De los follajes el claror verdoso,
 Y una sombra allí vaga, que vió amores
 En esos viejos días fastuosos.

Entre las verdes frondas, ¿qué fantasma
 Se ve blanquear?; en la vereda, sordos,
 Se oyen sus pasos, y el silencio tiene
 Del sepulcro el encanto pavoroso.

¿Qué criatura visita el solitario
 Jardín? ¿De cuál panteón antiguo e histórico
 Salió? ¿De cuál destierro ahora retorna
 La mujer de los pasos silenciosos?

Listado está en violeta su albo traje
 De antigua usanza; un fieltro amplio y redondo
 Cubre su testa, y da sombras profundas
 A la doliente palidez del rostro.

De la forma alargada de la almendra
 Y claros cual topacios son sus ojos,
 Que humedece una lágrima escondida;
 Son cual la luna entre un celaje acuoso.

De su nariz palpitan las aletas
 Continuamente, y vuela un rizo blondo
 Sobre su nuca; guíala el recuerdo
 De esos lugares, y su labio, en tono

Bajo, murmura un nombre; «Alceste», dice...
 Se detiene, sonríe, en un recodo
 A la orla de su traje una hoja seca
 Se adhiere con un ruido melancólico.

Dice la sombra: «¿Acaso ayer ha sido?
 Las rosas a su olfato mis undosos
 Cabellos recordaban, Soy Climena;
 Alceste es él; fué ayer; ¡ayer tan sólo!»

EULATE SANJURJO

PLEGARIA A LA MADRE INMORTAL

Natura, inmortal madre mía,
 Que abrevias también mi existir
 Y pones designios inmensos
 En mi corazón, que naciste
 De tu propio ser la primera,
 Común para todos, tú sola,
 Que nunca te entregas: escucha.
 Yo, tan agobiado de ciencia

Y de experiencia, de alegría
 Y de dolor, de amor y de
 Odio, si todo a tí me doy
 Soy otra vez ligero, ignaro,
 Leve me siento y verde, igual
 Que tallo de arbusto sin nudos.
 Tendido en la hierba de espaldas
 Heme aquí; se apoya en mi brazo
 La cabeza; la faz en sombra
 Y en sol los pies. Así reposo.
 Una sangre infantil me inunda.
 Siento llegar un sueño fresco.
 Tú amparas el sueño del fuerte.

Yo ví que a Zagreo, Titanes,
 Cubiertos de arcilla los rostros,
 Entrando en la cueva escondida,
 Degolláronle, y luego, crueles,
 Lo despedazaron; yo ví
 Después redivivo a Zagreo
 Dormido en la linde del bosque.
 Tan suave dormir, tan profundo
 Dormir nunca he visto, Nodriz.
 Tejían sus barbas de oro
 Las alas de espléndido enjambre
 Pendiente de su boca, abierta
 Como agujero de colmena.

¡Toda pena en miel se trocaba!
 Así, siempre así, dormir quiero
 En ti, que me das señoría
 Para dominar mi discordia,
 ¡Oh, Persuasiva! Heme aquí
 Otra vez nuevo, prematuro
 Y henchido de ocultas potencias,
 En mí en formación todavía.

Lo que por mí fué conseguido
 Tengo en verdad por cosa leve,
 Puesto en parangón con la obra
 Que nace en mí ser y se nutre
 De tu misterioso licor.
 ¡Madre mía, en todas mis venas
 La sangre acrecienta y refina!
 Y si en cruel suplicio viérame
 Cuando todo aumento de sangre
 Fuera más aumento de pena,
 Yo te gritara; «¡Madre, Madre,
 Multiplica esta sangre mía
 Doliente, para que mi alma
 Hierva y más divina se torne!»
 Sano me formaste en el vientre
 De la mujer incorruptible
 Que me llevó. Mírame sano
 En la hierba, con finos músculos,
 Corazón recio y amplia frente.

Hay más razón en este cuerpo
Robusto que en cualquier doctrina.

Tú amparas el sueño del fuerte,
Y a tu favor yo me abandono.
Oigo el rumor de tus herbajes
Lentos, y en tus ásperos pinos
De agujas y piñas, los vagos
Acordes, y el sonar de sistro
Del oro inmenso de tus eras.
Mas oigo un zumbido lejano
Que dice: «Aquí estoy, Ulisida.»
Madre, Madre, dame más fuerza
Y alegría cuando la voz
Del tirano, tan conocida,
Tan oída, la voz viril,
En mi corazón solitario
Grite: «¡Sus! ¡Despierta! ¡Ya es hora!
Surge. Asaz dormiste. ¿A la tierra
Te has consagrado en amistad?
Oye el viento. ¡Sus! ¡Iza! ¡Larga!
Echa mano al timón y escota;
Que es necesario navegar
Y vivir no es necesario.»

DÍEZ-CANEDO

LAS MANOS

¡Oh, manos femeninas que encontramos
Una vez, en el sueño y en la vida!...
¡Oh, aquellas manos, alma dolorida,
Que una vez oprimimos, que rozamos
Con el labio en el sueño y en la vida!...

Frías algunas, frías como cosas
Muertas de frío; frías como el hielo,
O tibias, de suave terciopelo
Viviente, o parecidas a las rosas...
—¿Rosas de qué jardín o de qué cielo?...—

Algunas nos dejaron su fragancia
Tan permanente, que una noche entera
Nos llenó el corazón de primavera,
Y tan grata tornaba nuestra estancia
Que floresta de Abril menos lo fuera.

De otras en las que ardía el fuego extremo
De un alma—¿dónde estás, pequeña mano,
Hora intangible ya, que harto temprano
Abandoné?—vino el dolor supremo...
—¡Ay, querido me hubieras y no en vano!—

De otras vino el deseo, aquel violento,
Fulminante deseo que nos hiere
Lo mismo que un azote, y nos sugiere
Lujurias en la alcoba, un morir lento,
La boca que las venas nos bebiere...

Otras (tal vez las mismas), homicidas,
Prontas en el engaño que tramaran;
Los perfumes de Arabia no lograran
Asearlas. ¡Oh, manos pervertidas,
Cuántos por poseeros se infamaron!

Otras (tal vez las mismas), nacaradas,
Pero potentes más que toda espira,
Mostraron un furor celoso, un ira
Loca... ¡Hasta ansiamos verlas mutiladas!...
(¡Y en sueños su visión aun nos admira!)

(Erecta e inmóvil en el sueño yérguese
La mujer que las manos há truncadas,
Y ante ella están dos charcas coloradas,
Y en la sangre esas manos vivas muévense
Por ni una gota de carmín manchadas.)

Otras, como las manos de María,
Fueron como la hostia confortante.
Brilló en el anular el diamante

Al grave gesto de la liturgia;
Jamás en los cabellos del amante.

Otras, casi viriles, que estrechamos
Muy fuerte y largo tiempo, los temores
Se llevan y los negros resquemores,
Y anhelamos la gloria y ver pensamos
Iluminarse ya la obra futura.

Otras aún, nos dejan un profundo
Frío, ese frío agudo y sin igual...
Sentimos que en la frágil e ideal
Palma encerrar pudieran todo un mundo
Inmenso, y todo el Bien y todo el Mal,
¡Oh, alma, y todo el Bien y todo el Mal!

MARISTANY

IMÁGENES DEL AMOR
Y DE LA MUERTE

1

LA VISITACIÓN

En la luz matinal su luz anega
El último lucero; húmeda brilla
Con la escarcha la tierra, que sencilla
Al sueño postrimer ora se entrega.

La Muerte el arco de sus alas pliega;
En su hoz apoyándose, amarilla,
Mira al Amor que duerme; en su mejilla
Le besa, cuando al lado suyo llega.

Besa la boca pálida, la frente,
Que el placer voluptuoso descolora,
Dei asfodelo dándole la albura;

A la caricia gélida el durmiente
Exclama: «¿Me has besado acaso, Aurora?»
Y siente de lo ignoto la pavura.

2

EL RECREO

Contemplo en un pomar bellas mujeres
Cual de Orcagna en el lienzo, que, coquetas,
Forman al sol guirnaldas de violetas
Y gozan, sonriendo, sus placeres.

Como otro tiempo, hoy un halcón no esperes
Ver en su puño; aelfes, inquietas,
Deshojan unas; otras, con secretas
Palabras, pensamientos de Citeres.

En el pomar, contéplalas la Muerte
Desde un árbol; marchitan sus miradas
Cual flor la carne de la dama hermosa.

Las veo estremecerse con un fuerte
Espasmo y van cayendo, desplomadas,
Cada una en el hueco de una fosa.

EULATE SANJURJO

EL ENGANO

No sufro, no. Parezco taciturno
 Si me siento a tus pies en la velada,
 ¡Oh, cercanó terror, potro nocturno,
 Blanco lecho en la alcoba desolada!

Porque así más el alma saborea
 De la paz el encanto deleitoso;
 (Noche y día, en el alma, de una idea
 Siento el morder, sin tregua, sin reposo.)

Y esta calma me inmerge en la alegría
 De un ignoto placer, vivo, completo.
 ¡Haced, Señor, haced que el alma mía
 Por siempre oculte su fatal secreto!

¡Oh, renuncia total; oh, grato olvido
 De todo, aquí, a tus pies! Bendita seas.
 ¡Ay, nunca el alma alcanzará el olvido,
 Nunca lo alcanzará!) Bendita seas.

DÍEZ-CANEDO

AVE, HERMANA

1

Cuando bajó a la tierra, humildemente,
 Gabriel (¿la tierra entonces florecía?)
 La Doncella, temblando, escuchó, pía,
 De níveas alas el batir cadente.

Entonces, el Divino confidente,
 Así habló a la Elegida: «Ave, María,
 Contigo es el Señor.» Y en pleitesía
 Sus alas replegó modestamente.

Como Gabriel no vengo, ángel alado,
 A traerte un mensaje. Prisionera
 Está mi alma, y sufro mi castigo.

Pero uniendo mis manos, y postrado,
 A tu virginidad, que ora y espera
 «Hermana, Ave», dulcemente digo.

2

«Ave», pronuncio. En múltiples instantes
 Sus pupilas serenas y piadosas

Calmaron en mis horas dolorosas
La angustia de ideales discordantes.

Y sobre las heridas, aun sangrantes
Ábrense hoy, purpúreas, luminosas
Las flores del recuerdo... Oíd mis glosas
¡Oh, flores delicadas y fragantes!

¡Y cuántas veces a la madre nuestra
Ella secó las lágrimas que hice
Derramar a sus ojos! Tierna y suave

A mi hijo enfermo acarició su diestra,
Y en sus brazos dormido fué felice.
Postrado ante tí exclamo: «Hermana, Ave.»

3

¡Oh, hermana, venturosa desposada!
Nuestro hogar abandonas, que resuena
Con nuestro llanto y en tu faz serena
Al dolor la sonrisa va mezclada.

Te alejas, de azahares coronada,
¡Oh, hermana, hermana mía, dulce y buena!
Dame a estrechar la mano que serena
Las tormentas, la mano delicada

Que sanó mis dolores. Nupcial velo
Cubre tu frente cándida, en que brilla
La luz crepuscular de lo futuro.

Traspasas los umbrales; con mi anhelo
Llevas lo que enaltece y lo que humilla;
De mi alma, lo más joven, lo más puro.

DESPEDIDA

Oh, rimas mías, sed como albas flores;
Cubrid la senda que a su hogar conduce
Donde el esposo la hablará de amores.

El rubor da a su rostro tintas bellas,
Como a la aurora cuando el sol reluce.
Floreced, rimas mías, a sus huellas.

Si ella os sonríe, vuestra dicha es cierta.
¡Venid, formad guirnaldas a su puerta!

EULATE SANJURJO

CONSOLACION

No llores más. Vuelve el amor filial
A tu casa. Estoy laso de fingir.
Ven. Salgamos. Tiempo es de revivir.
¡Cuán blanca estás! Tu rostro está filial.

Salgamos. El jardín abandonado
Conserva todavía algún sendero.
Te explicaré cuán dulce es el misterio
Que vela ciertas cosas del pasado.

Aun hay alguna rosa en el rosal,
Aun hay alguna hierba perfumada,
Todavía la huerta abandonada
Nos sonreirá, si ve que haces igual.

Te explicaré cuán dulce es la sonrisa
De ciertas cosas que el olvido hiere.
¿Qué sentirías, di, si floreciere
Bajo tus pies la tierra que ahora pisas?

Pues eso ocurrirá aun no siendo Abril.
Vámonos. No te cubras. Hace un lento

Sol de Septiembre, y aun no veo argento
En tu testa, y tu línea aun es sutil.

Tienes el rostro mísero y escuálido.
—La madre hará lo que el buen hijo ansía—.
Necesitas del sol ¡pobre alma mía!
Algo de sol sobre tu rostro pálido.

Conviene que estés fuerte; convendría
Que no pensaras en las malas cosas;
Cuando ambos vamos hacia aquellas rosas
Yo hablo bajo y tú sueñas todavía.

Sueña, sueña, alma cara. Todo, todo,
Será como en el tiempo aquel, lejano,
Yo te pondré sobre tu pura mano
Todo mi corazón. Del mismo modo

Todo está aún. Yo viviré tu vida
Y en una vida íntima y segura
Reviviré. ¡Cuán dulce, leve y pura
La hostia de tu mano bendecida!

El tiempo del ensueño ya ha venido.
¿Me comprendes? Di, ¿tu alma me comprende?
¿Ves? fluctúa en el aire y lento asciende
Casi el fantasma de un Abril perdido.

Septiembre—(di, ¿tu espíritu se oculta?)—
 Tiene un olor, tiene una palidez,
 No sé, casi el olor y palidez
 De alguna primavera disepulta.

Soñemos, ya que es tiempo de soñar,
 Y nuestra dulce primavera es ésta.
 Luego en casa, a la hora de la siesta
 Voy a abrir el piano y a tocar.

¡Cuánto, cuánto ha dormido! Aquí faltaba
 Ya *entonces* una cuerda. Y esta cuerda
 Falta aún. Y aun el ébano recuerda
 Los dedos que la abuela en él posaba.

Y mientras que en las sedas ya mustiadas
 Vagará algún perfume delicado,
 (¿Me escuchas?) como un hálito esfumado
 Y sutil de violetas marchitadas,

Resonará un viejo aire de elegancia
 Muy antigua y muy noble, pero un poco
 Triste, y el son será velado y ronco
 Casi cual si viniera de otra estancia.

Luego, tan sólo para ti, haré un canto
 Que te mezca lo mismo que una cuna,

Sobre un antiguo metro, más con una
 Gracia que tenga un vago y lento encanto.

Viviremos el tiempo aquel lejano,
 Mi alma será sencilla cual lo era..
 Y hacia ti irá, cuando querrás, ligera,
 Como el agua va al hueco de la mano.

MARISTANY

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Gabriel D'Annunzio	5
Un sueño	11
Quousque ladem?	12
Las forestas	13
Soneto	16
A las mujeres.	17
Duerme...	19
Un recuerdo	20
Animal triste.	21
Soneto	22
Canto del sol.	23
Hortus conclusus	24
Al ideal.	27
En vano.	28
Otoño	29
Los sembradores.	31
Los poetas.	32
Panfila	34
Soneto	38
Sed non satiatus.	39
Suspiria de profundis	40

	<u>Páginas</u>
Climena.	45
Plegaria a la madre inmortal	47
Las manos	51
Imágenes del amor y de la muerte.	54
El engaño	56
Ave, hermana.	57
Consolación	60

CATÁLOGO

DE LA

EDITORIAL CERVANTES

RAMBLA CATALUÑA, 72 : BARCELONA

Obras poéticas

	<u>Pesetas</u>
Poesías excelsas (breves) de los grandes poetas	2
Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua francesa (3.^a edición)	2,50
Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua inglesa (2.^a edición). Prólogo de E. Díez-Canedo	2,50
Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua portuguesa. Prólogo de I. Ribera y Rovira	2,50
Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua alemana. Prólogo de Manuel de Montoliu	2,50
Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua italiana. Prólogo de C. Boselli. Carta abierta de Guido Mazzoni, secretario de la R. A. I.	2,50

En el Azul... Poesías originales. Prefacio de Teixeira de Pascoaes. 2

La dicha y el dolor. Poesías originales. Prefacio de Manuel de Montoliu 1

Florilegio, con las mejores poesías (líricas) griegas, latinas, italianas, portuguesas, francesas, inglesas y alemanas. Prefacio de A. Bonilla y San Martín y seis prólogos. (Obra dedicada a España).

Por Fernando Maristany

Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas

Tomo I.	<i>Heine.</i>	Tomo XV.	<i>Horacio.</i>
» II.	<i>Leopardi.</i>	» XVI.	<i>Goethe.</i>
» III.	<i>Shelley.</i>	» XVII.	<i>Carrasquilla</i>
» IV.	<i>Shakespeare.</i>	» XVIII.	<i>Maragall.</i>
» V.	<i>Victor Hugo.</i>	» XIX.	<i>Lord Byron</i>
» VI.	<i>Wordsworth.</i>	» XX.	<i>Mörike</i>
» VII.	<i>Pascoaes.</i>	» XXI.	<i>Rubén Darío</i>
» VIII.	<i>Verlaine.</i>	» XXII.	<i>Camões</i>
» IX.	<i>Musset.</i>	» XXIII.	<i>Nazariantz</i>
» X.	<i>Novalis.</i>	» XXIV.	<i>Juana de Ibarbourou</i>
» XI.	<i>Carducci.</i>	» XXV.	<i>D'Annunzio</i>
» XII.	<i>Dante.</i>	» XXVI.	<i>Gomes Leal</i>
» XIII.	<i>Tennyson.</i>	» XXVII.	<i>Petőfi</i>
» XIV.	<i>Balmont.</i>		

EN PREPARACIÓN: *Verdaguer - Browning - Lamartine - Fray Luis de León - Petrarca - Antero de Quental - Guerra Junqueiro - Gutiérrez Nájera - João de Deus - Verhaeren - Francis Jammes - Samain Hebbel - Silva - Dehmel - Queroi - Milton - Rosalia de Castro - Edgar Poe, etc., etc.*

Cada tomito, excelentemente impreso y presentado 1,50

En papel de hilo y lujosamente encuadernado (sólo 100 ejemplares) 5

Cada cuatro poetas forman un volumen, bellamente encuadernado en tela. 6

Diez ejemplares a todo lujo

Cántigas de amor, por Carmela Eulate Sanjurjo. Prólogo de F. Rodríguez Marín 2,50

Antología de Poetas Orientales, por Carmela Eulate Sanjurjo 3,50

Tabaré: La leyenda patria, por Juan Zorrilla Sanmartín. (Agotada.) 3

EN PREPARACIÓN

Regreso al Paraíso, por J. Teixeira de Pascoaes Traducción de Eugenio Carballo.

Cancionero amoroso, por Enrique Heine. Traducción de Teodoro Llorente.

Antología de poetas castellanos modernos, por Alejandro Plana.

Antología de poetas franceses, por Fernando Maristany. Prólogo de Alejandro Plana.

Las mejores poesías (líricas) españolas, escogidas por Fernando Maristany

Biblioteca de Actualidades Políticas

La victoria en marcha, por Lloyd George 2,50

Nuestro porvenir, por von Bernhardt. (Agotada.) 3

La sociedad de las naciones, por O. F. Maciagan. Prólogo de Albert Thomas 2,50

Grecia ante la guerra europea, por E. Venizelos. 3

España ante el conflicto europeo. Iberismo y germanismo, por E. González-Blanco . . .	3
El deber de América ante la nueva Europa, por T. Roosevelt	3
América por la libertad, por Wilson . . .	1,25
Europa en escombros, por el Dr. Guillermo Muehlton, ex director de la casa Krupp . . .	2,50
La paz mundial, por Woodrow Wilson . . .	3
Dije siendo Emperador..., por Guillermo II.	1
El bolcheviquismo ante la guerra y la paz del mundo, por León Trotzky. (4. ^a edición.)	3
Historia de la Revolución Rusa, por León Trotzky. (3. ^a edición.)	3
La Revolución y el Estado, por V. I. Ulianov (L. Lenine).	3
La República Cooperativa, por Ernesto Poisson. Traducción de Enrique Cebrián Gay . . .	4
La nueva Rusia, por E. Luboff. Traducción de I Ribera-Rovira.	2,50

Serie Apasionata

La princesa de Clèves, por Mme. de Lafayette	1,60
Adolfo, por Benjamín Constant	1,25
Abelardo y Eloísa. Epistolario amoroso. . . .	1,25
Jacopo Ortis, por Ugo Fóscolo	1,50
Arte de amar, por Ovidio	1,25
Hermán y Dorotea, por Wolfgang von Goethe.	1,50

(Encuadernados aumentan 0,75 pesetas)

Biblioteca de Autores Americanos

Motivos de Proteo, por J. Enrique Rodó. (3. ^a edición.)	5,50 ptas.—En tela.	6,50
El camino de Paros, por J. Enrique Rodó. (2. ^a edición, aumentada.)	3,85 ptas.—En tela.	5
El Mirador de Próspero, por J. Enrique Rodó. (2. ^a edición)	5,50 ptas.—En tela.	6,50
Hombres de América, por J. Enrique Rodó .	4	
	En tela.	5,50
Ariel, por J. Enrique Rodó .	2 ptas.—En tela.	3,50
El que vendrá, por J. Enrique Rodó.	5 ptas.	
	En tela.	6,50
El teatro del uruguayo Florencio Sánchez. Prólogo de Vicente A. Salaverri. Tomo I: <i>M'hijo el doctor.</i> — <i>Los muertos.</i> — <i>Nuestros hijos.</i> (2. ^a edición.).—Tomo II: <i>Los derechos de la salud.</i> — <i>En familia.</i> — <i>Moneda falsa.</i> Prólogo de Juan José de Soiza Reilly.—Tomo III: <i>Barranca abajo.</i> — <i>La Gringa.</i> — <i>El desalojo.</i> Cada tomo.		2
Florilegio de prosistas uruguayos, por Vicente A. Salaverri		3
Cuentos del Río de la Plata, por Vicente A. Salaverri. Prólogo de Vicente Clavel.		3,50

EN PREPARACIÓN

Ariel y Liberalismo y Jacobinismo, por José Enrique Rodó

Biblioteca Crítica

- Los dramaturgos españoles contemporáneos, por Andrés González Blanco 3,50
Costa y el problema de la educación nacional, por Edmundo González Blanco 3
Bibliografía Crítica de ediciones del Quijote, impresas desde 1605 hasta 1917. Recopiladas y descritas por Juan Suñé Benages y Juan Suñé Fonbuena. Precio del ejemplar. . 15

Biblioteca Comercial

- Mecanografía** (Escritura al tacto), por J. Asensi Bresó 3
Gramática comparada anglo-española, por J. Sancho Bruñó . . . 1,50 ptas.—En tela. 2

EN PRENSA

- Correspondencia mercantil moderna**, por J. Asensi Bresó.

Biblioteca Musical Villar

Pesetas

- Beethoven**, por Jean Chantavoine. — **Wagner**, por Henri Lichtenberger. — **Liszt**, por Jean Chantavoine. — **César Franck**, por Vincent d'Indy. — **Mozart**, por Henry de Curzon. **Mussorgsky**, por M. D. Calvocoressi. — **Victoria**, por Felipe Pedrell. — **Eximeno**, por Felipe Pedrell.— Precio del ejemplar. . . . 5
Gabriel Fauré y su obra, por Luis Vuillemin 3
Pablo Dukas, por Gustavo Samazeuilh . . . 2,50
El arte y el gesto, por Jean d'Udine 7,50

Biblioteca de Viajes

- La Bélgica que yo vi**, por José Subirá. (Bruselas, Gante, Lovaina, Amberes, Brujas, Lieja, etc., etc.) 2,50
Viaje a Oriente, por Alfonso de Lamartine. (Agotada.) 2,50

EN PREPARACIÓN

- En América Meridional**, por Alfonso Maseras.

Otras obras literarias

Pesetas

- La tribuna roja**, por B. Morales San Martín. (Agotada.) 1,50
El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia, por Selma Lagerlöf. Premio Nobel de literatura. Traducción directa del sueco, con 18 preciosas ilustraciones de los más renombrados artistas suecos, hechas expresamente para esta edición. 8 ptas.—En tela. 10
Espartaco, por Rafael Giovagnoli. Traducción del italiano por Juan Planella 5
César Napoleón Gaillard a la conquista de América, por Juan Farmer. Traducción de Juan Planella 5
Tres ingleses en Alemania, por Jerome K. Jerome. Traducción de Daniel M. Ferrando . 4
Crónicas y Diálogos, por Jacinto Benavente . 1,50
Lo que los alemanes pueden perder, por F. Nietzsche. (Agotada.) 1
El túnel, por Bernardo Kellermann. Traducción de Ramón M.^a Tenreiro. (5.^a edición.) . . . 5

Pesetas

El camino azul, por F. Mirabent Vilaplana. (2. ^a edición, agotada)	3
Fior de carne, por Luis de Val. (2. ^a edición.) .	3,50
Animales amigos, por Alfonso Lopes Vieira, I. Ribera Rovira y Fernando Maristany. Ilus- traciones de Raul Lino y Arturo Ballester. Pre- cioso libro dedicado a la educación moral de la infancia	8
Arte y Realidad, por Rafael Altamira.	3,50

Obras ccmpletas de B. Morales San Martin

Pesetas

—El Ocaso del hombre, novela simbólica.	4
II.—El enigma de lo imposible, novela dra- mática	4
III. — Tierra levantina, novela valenciana, 2 tomos.	8

Selección de novelas breves

Fantasma de Oriente, por Pierre Loti. Tra- ducción de V. Díez de Tejada.	2
Los emigrantes, por E. Sienkiewicz	1,50
La campesina disfrazada, por Pushkin.	1,50
El Patriarca, por Laza H. Lazarevich.	1,50

Biblioteca Médica

Resumen de técnica operatoria

por los PROSECTORES DE LA FACULTAD DE
MEDICINA DE PARÍS

Obra dividida en los siete tomos siguientes:

- Tomo I. Lenormant: *Cabeza y cuello.*
> II. Schwartz: *Tórax y miembro superior.*
> III. Guibé: *Abdomen.*
> IV. Duval: *Aparato urinario y aparato geni-
tal del hombre.*
> V. Labey: *Miembro inferior.*
> VI. Proust: *Aparato genital de la mujer.*
> VII. *Práctica corriente y cirugía de urgencia.*

Obra ilustrada con 1.782 figuras.

Cada tomo, en tela flexible: **Ptas. 12**



61994620X

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6409704427

23220429